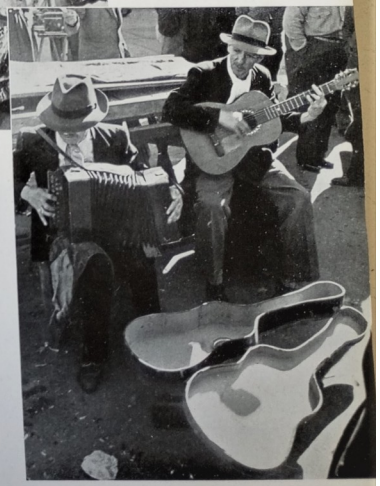
Estampas Callejeras

DE LA VIEJA ALDEA A LA CIUDAD DE HOY



Con el notable progreso de la ciudad se van esfumando infinidad de escenas callejeras a las que estaba habituado el habitante de 1900.

La ciudad crece y avanza en todas direcciones.

Los barrios se multiplican y los puntos antes lejanos del centro son zonas próximas al actual corazón de la ciudad.

Ya no es posible encontrar en las calles montevideanas muchos de los cuadros corrientes de que hablaban nuestras abuelas. La mayoría de edad de las ciudades, como en las personas, les hace perder siempre el encanto de la niñez y la jovialidad de la adolescencia. — Un nuevo ritmo, una extraordinaria intensidad urbana, un fastidioso sonar de bocinas y sirenas de vehículos y de fábricas no son los elementos más propicios para que perduren los colores de la "gran Aldea" y sí para que nazcan nuevas fisonomías y surjan relucientes locales de habitación y de negocios.

Pero, sin embargo, la guadaña no ha sido total. — Aún restan en ciertas calles y en determinadas zonas de la ciudad, —las antiguas "villas" Muñoz, Colón, de la Unión, del Cerro, etcétera—, retazos de aquel clima espiritual de antaño.

Es así como vemos en estas páginas algunas estampas callejeras que no se han extinguido: el vendedor de plumeros con su burrito enjaezado con una vistosa distribución de la carga. — El vendedor ambulante de globos y molinos para los niños. El florista múltiple de parque, plazas y avenidas. — El carnicero de la feria, con su pequeño mostrador en donde el pueblo adquiere carne barata y de buena calidad. Y como broche amable, para esta rápida e incompleta galería, el payador criollo en el dúo popular de guitarrista y bandoneonista, con sus canciones sencillas y emotivas, brindadas en el marco callejero.

Faltan en esta enumeración el barquillero con su "ruleta" escasamente controlada, el heladero de carrito con su poderoso imán infantil, el sonido típico del afilador callejero y los carameleros, invencibles por el tiempo y el progreso, ante el apoyo caluroso y total de los niños.

Esta permanencia de las pequeñas estampas de la calle, a despecho del tiempo y de las nuevas costumbres, indican cómo la población nuestra conserva muchas de las modalidades de otrora.

Es que parece entablarse una lucha entre los recuerdos de la niñez que se fugan y las exigencias del progreso que de todo se adueña por la fuerza incontenible de su dinamismo y vigor.